

Ulises Gorini

*La otra lucha*

*Historia de las Madres de Plaza de Mayo*

*Tomo II (1983-1986)*

**Página 12**

Gorini, Ulises

La rebelión de las Madres. 1a ed. - Buenos Aires-  
Editorial La Página S.A., 2011.  
xxxxxxx p.; 11x17 cm.

ISBN xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

1. Narrativa. I. Título  
CDD xxxxxx

Fecha de catalogación:xxxxxxxxxxxxx

© 2016 Ulises Gorini

© 2011 Para esta edición, Editorial La Página S.A.  
Todos los derechos reservados.

*A Mariana, mi compañera*



## Agradecimientos

A todas las Madres de Plaza de Mayo que me ayudaron a construir esta historia, que me abrieron sus archivos y sus corazones, y revivieron tiempos de luchas, de dolor y alegría, que aún no terminaron.

A la memoria de mi abuelo Emilio y mi padre Floreal, cuyas vidas siguen inspirando el sentido de mi vida.

A mi esposa y compañera, Mariana di Stefano, por su amor y su inteligencia, por compartir las mismas luchas y esperanzas, y por toda la ayuda que me brindó en la elaboración de las ideas y en la edición definitiva de este trabajo que, salvo por los defectos que me puedan corresponder, es, como dicen mis hijos, coautora de estas páginas.

A la calidez humana y la excelencia profesional de Fernando Cittadini, quien me sugirió numerosas correcciones al texto original y me ayudó a su edición definitiva.

A la amistad de Osvaldo Bayer y su ejemplo de vida, algunos de cuyos días se relatan aquí.

A Atilio Boron, quien me orientó en la interpretación de la época y las formaciones sociales de la etapa que aquí se abordan, particularmente en la Introducción.

A la Comisión de la Memoria de la Provincia de Buenos Aires, especialmente a la historiadora Patricia Funes y la archivera Claudia Belingeri, quienes me facilitaron valiosísima documentación perteneciente al archivo de la institución.

Al Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, que me concedió el tiempo necesario para terminar el libro.

A la Federación Judicial Argentina, que me apoyó generosamente en mi tarea.

A los infaltables compañeros y amigos, cuya ayuda fue decisiva para realizar las múltiples tareas de investigación y redacción del libro: Leonora Djament, Gabriela Franco, María Luna, Mirta Quiles, Oscar Castelnovo, Carlos Zamorano, Silvia Porrutelli, Edgardo Form, Víctor Mendibil, Mariana Morales, Constanza Penacini,

Natalia Viñes, Gisela Romero y Marcela Dato.

Por último a los fotógrafos que en, en su mayoría, cedieron sus trabajos para esta publicación, con excepción de aquellos que fue imposible localizar o identificar.

## Introducción

Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia,  
que en este mundo no se consigue nunca lo posible  
si no se intenta una y otra vez lo imposible.

MAX WEBER, *La Política como vocación*

Yo he preferido hablar de cosas imposibles,  
porque de lo posible, se sabe demasiado.

SILVIO RODRÍGUEZ, *Resumen de noticias*

El 10 de diciembre de 1983, fecha en que concluye el “Proceso de Reorganización Nacional” y asume la presidencia el radical Raúl Alfonsín, marca un antes y un después tanto en la historia nacional como en el desarrollo del movimiento de las Madres de Plaza de Mayo. Tras el régimen cívico militar más sangriento del siglo XX en la Argentina, se inicia una etapa que la historiografía tradicional define como “transición a la democracia”, y los autores vinculados al pensamiento crítico denominan “postdictadura”.

Situadas en esa frontera, las Madres comenzaron un proceso de redefinición y reposicionamiento de su movimiento. Habían emergido en la peor etapa de la represión como respuesta inmediata a la desaparición forzada de personas, y muy pronto se convirtieron en el principal foco de resistencia al terrorismo de Estado. Sus reivindicaciones, su discurso, sus acciones, en fin, el conjunto de sus prácticas políticas se había definido en confrontación con la dictadura. Pero ahora ese enemigo se replegaba para dejar el centro de la escena a otros actores. ¿Cómo impactaría en ellas el cambio? ¿En qué medida el nuevo contexto debía implicar cambios en su discurso y en aquellas prácticas alumbradas bajo el terrorismo de Estado?

La búsqueda de respuestas a esas y otras preguntas clave, y su resolución concreta, generarían en la nueva escena política debates que por su profundidad y magnitud no registraban antecedentes en la corta pero intensa historia de las Madres –por entonces apenas superaba los seis años– y que revelarían no solo la esencia del movimiento que habían conformado sino también el carácter de la nueva etapa, en tanto la intensa dinámica política exigía definiciones urgentes a las dramáticas e imperiosas demandas de las Madres, bajo una intensa presión del flamante gobierno y de otros actores sociales y políticos, en medio de reivindicaciones de “la lucha contra la

subversión” y las ostensibles o solapadas amenazas de sectores castrenses.

En ese tenso e incierto clima postdictatorial las Madres tuvieron que discutir, consensuar o discrepar sobre diversas representaciones del poder, la democracia, la justicia, el papel de la oposición. Entonces, todas las contradicciones contenidas bajo el denominador común de la búsqueda de sus hijos y la lucha contra el más cruel de los enemigos, afloraron: diferentes enfoques éticos, ideológicos y culturales que respondían a su vez a la heterogénea composición social del movimiento, a la extracción política y a la compleja conformación psicológica de cada una de sus integrantes. Grandezas y desventuras colectivas e individuales de esas mujeres que habían sido objeto tanto de denigrantes acusaciones como de mitificaciones reverenciales. Una dimensión a la vez más compleja y rica del movimiento emergía ahora con toda claridad, exponiendo sus limitaciones originales pero también los aportes singulares y poderosamente renovadores de las Madres a las prácticas políticas nacionales.

Ciertamente, ese estado deliberativo no fue solo de un proceso interno. Por el contrario, el estallido de las contradicciones en el seno del movimiento cifraba, dialogaba y era atravesado por la puja política, cultural e ideológica que interpelaba por entonces al conjunto de la sociedad de la Argentina postdictatorial. Se trata de uno de los períodos más dramáticos y a la vez más apasionantes de la historia de las Madres, en el que se manifiestan con toda precisión dos miradas sobre la realidad del país y sobre la forma de afrontar, en la nueva etapa, la lucha que habían iniciado en 1977.

Este libro aborda precisamente el análisis de esos años: una primera etapa desde aquel 10 de diciembre de 1983 en que asume Alfonsín, cuando buena parte de las fuerzas políticas y sociales consideraban a las Madres el principal referente de la resistencia a la dictadura. Luego, la crisis que atravesarán como consecuencia de las redefiniciones que los hechos les irán exigiendo, hasta abril de 1986, momento en que el la puja interna y la que sostienen con el gobierno y otros sectores políticos las conduce irremediablemente a la ruptura del movimiento.

Para dar cuenta del desarrollo de ese movimiento en un período acotado de su historia, fue necesario no solo reconstruir, al igual que en *La rebelión de las Madres*, la secuencia de acciones que el grupo fue desplegando en la etapa consignada, sino caracterizar además la trama de relaciones sociales y políticas en que se inscribieron, las contradicciones y los enfrentamientos que generaron.

El análisis requerirá atender permanentemente al desenvolvimiento de la historia del país en un período en el que el poder busca consolidar un nuevo modelo de gobernabilidad, y en el que intervienen variables nacionales e internacionales.

Sin embargo, a diferencia del primero, en este segundo tomo he intensificado la mirada sobre las Madres en el momento en que se produce la crisis más profunda del movimiento. El estallido de sus contradicciones internas resulta revelador tanto del pasado inmediato del grupo como de las dos identidades que surgirán como consecuencia de la ruptura.

## La dimensión desconocida

Para todos los protagonistas de aquellos días, el 10 de diciembre de 1983 comenzó una etapa de tránsito. Los términos “transición a la democracia” y “postdictadura” con los que las diversas disciplinas de las ciencias sociales la caracterizan, revelan, además de diferencias de enfoques teóricos o ideológicos, cierta dificultad para definir la esencia de ese período de la historia argentina.<sup>1</sup> El politólogo chileno Manuel Antonio Garretón indicó en ese sentido que el concepto “transición” connota ambigüedad respecto de la etapa que pretende describir, en tanto que hay certeza sobre su punto de partida –la dictadura– pero no así sobre el futuro –la supuesta democracia–.

La incertidumbre, sin embargo, también afecta a lo que se dejaba atrás: en aquel punto límite de retirada de la dictadura no se advertía aún la vastedad y profundidad de las modificaciones operadas en la sociedad argentina bajo el “Proceso”, ni resultaba tan claro lo que quedaba definitivamente en el pasado, ni qué persistiría más allá de ciertas apariencias.

Más próxima a la definición de esa etapa como postdictadura resulta la idea del sociólogo argentino Atilio Boron, quien sostiene que el componente democrático de esas formaciones sociales –se refiere tanto a la Argentina como a otros países del Cono Sur de América latina que experimentaron procesos similares– deriva mucho menos de lo que eran, que del simple hecho de que surgieron de la caída de dictaduras; recuperaron ciertamente algunas libertades conculcadas en períodos dictatoriales, pero “de ninguna manera llegaron a instituir, más allá de sus apariencias y rasgos formales, un régimen genuinamente democrático”.<sup>2</sup>

El modo en que se “retiró” la dictadura en el caso de la Argentina, explica con nitidez la singularidad de esa etapa. En efecto, ¿bajo qué condiciones se traspasaba el poder? ¿Qué significaba, realmente, ese traspaso? ¿En qué situación quedaban los protagonistas colectivos e individuales del viejo régimen? ¿Con qué atributos reales y

---

1. Resulta sumamente interesante que cuando ni teóricos ni intelectuales habían encontrado aún el término “postdictadura”, las Madres lo habían utilizado para diferenciarse del concepto “democracia” que pretendía definir esa etapa. En un documento presentado ante la Federación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, el 19 de noviembre de 1984, dijeron: “Madres cree importante destacar la similitud entre los gobiernos postdictadura de Bolivia, Perú, países hermanos junto con Argentina. Estos gobiernos acceden por elección popular, pero mantienen las estructuras de las FFAA bajo aparente democracia, que solo permite expresarse en la calle sin poder acceder a los medios de información. Se defiende la impunidad de los crímenes cometidos bajo leyes que juegan o simulan ser ejemplares. El resultado es significativo para tomar en cuenta el conjunto de los pueblos latinoamericanos, que ingresaron o están prontos a ingresar a estos sistemas seudodemocráticos. Las FFAA mantienen sus estructuras y manejan el poder que les permite sostener sus privilegios y el sometimiento del que por etapas y a medida que se recupera insiste en exigir sus Derechos. Nosotras sabemos que todo esto obedece a un nefasto accionar político, que negocia, en todos los niveles, con quienes faltos de ética se suman a los cómplices de las masacres populares”.

2. Boron, Atilio, “Aristóteles en Macondo: notas sobre el fetichismo democrático en América Latina”, en *Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía*, Guillermo Hoyos compilador, Buenos Aires, CLACSO, 2007.

potenciales contaba la nueva institucionalidad política-estatal emergente? ¿Qué correlación de fuerzas se establecía entre los actores políticos, sociales y económicos?

Más allá de las apariencias y de expresiones que simplifican la realidad a partir de pares antinómicos como democracia y dictadura, o vencedores y vencidos, esos interrogantes obligan a repasar no solo las imágenes del instante en que el último dictador entrega los atributos de mando al presidente electo Raúl Alfonsín, sino también el largo proceso histórico que desemboca en ese hecho ponderable pero de ningún modo definitivo. Porque el bloque cívico militar que dejaba el gobierno no había sido derrotado en toda su línea. Al contrario, la dictadura había logrado muchos de los objetivos que se había propuesto, algunos explícitos, otros no tanto. En particular, había conseguido imponer un nuevo modelo de acumulación y había modificado notoriamente la configuración orgánica y subjetiva de las fuerzas políticas y sociales anteriores al golpe de Estado de 1976.

En tal sentido, fue decisivo el exterminio de la oposición más radicalizada y el disciplinamiento impuesto al conjunto de partidos y movimientos sociales. Por esa razón el genocidio no significó, ni mucho menos, solo el aniquilamiento de miles de argentinos, ni tampoco puede resumirse en la suma de violaciones a los derechos humanos que implicó su ejecución. La reducción del genocidio a su dimensión criminal esconde una deformación jurídicista e implica una simplificación descontextualizada y ahistórica del fenómeno, en la medida en que aísla al genocidio del conjunto de sus planificadores y ejecutores, de la trama de relaciones sociales y políticas de una época y una sociedad determinadas.

El genocidio fue el punto de arribo y también el punto de partida de un complejo proceso social. Como queda dicho en la Introducción a *La rebelión de las Madres*, el aniquilamiento masivo fue el recurso por el cual ciertos grupos de poder resolvieron, en parte y a su favor, la profunda crisis que atravesaba la sociedad. A través del terror y la violencia lograron imponer un nuevo modelo de acumulación basado en la primacía del capital financiero. Precisamente, uno de los rasgos distintivos del genocidio argentino debe buscarse en las características de las víctimas: como el nuevo diseño de las relaciones sociales y económicas afectaría a las clases populares, la masacre estuvo dirigida a la eliminación de personas y organizaciones opositoras al plan en el terreno teórico, político, en la praxis. Mientras que otras eliminaciones masivas distantes en el tiempo y en las coordenadas geográficas delinearon objetivos étnicos, religiosos o nacionales, en la Argentina apuntaron a la aniquilación total, física y subjetiva, de una heterogénea fuerza social de oposición.

Antes del “caso argentino” no se había reconocido —aunque sí conocido— jurídicamente este tipo de genocidio. Las primeras normas y convencionales sobre crímenes masivos se restringían a casos de eliminación étnica, confesional o nacional. Luego de un largo proceso de debates políticos y jurídicos, y después de una larga lucha social y política, por primera vez el juez español Baltasar Garzón —aplicando el instituto de la jurisdicción universal para los delitos de lesa humanidad— se abocó en 1999 a los crímenes cometidos por el “Proceso” bajo la figura de genocidio político-ideológico.

El genocidio perpetrado en la Argentina tuvo consecuencias y cumplió objetivos

perseguidos por un amplio conjunto de sectores, incluso algunos que luego sostuvieron que no compartieron el “método”. Otras franjas sociales apenas consintieron el nuevo orden, y a cambio solo obtuvieron algunas migajas. Hubo ganadores y perdedores. Muchos de los protagonistas de la nueva etapa se contaban precisamente entre los ganadores, que no manifestaban interés alguno en que se hurgara en el pasado ni que se afectara la nueva conformación que dejaba la dictadura, como antes tampoco habían hecho nada para resistirla. No obstante, la nueva relación de fuerzas derivada de la reestructuración social, económica y política urdida por el régimen caído no estaba entera ni mucho menos definitivamente establecida, sino que debía ser probada por los diferentes actores. Esas circunstancias son esenciales para comprender y evaluar en su justa medida los triunfos y derrotas del “Proceso”.

Pues más allá de sus indiscutibles logros, los operadores políticos de la dictadura—fundamentalmente las Fuerzas Armadas y algunos grupos civiles, políticos y económicos— no consiguieron concretar ciertos aspectos decisivos del plan. Cuando los golpistas de 1976 titularon su empresa genocida “Proceso de Reorganización Nacional” estaban proclamando objetivos refundacionales más ambiciosos que los que finalmente alcanzaron. Entre otros, anunciaron el propósito de un rediseño de la gobernabilidad que—además de eliminar definitivamente toda amenaza que impidiera o dificultara el afianzamiento del nuevo modelo— debía acabar con los vaivenes institucionales de varias décadas de golpes de Estado seguidos de gobiernos constitucionales. Sin embargo, por diversas circunstancias—que analizamos extensamente en *La rebelión de las Madres*— no lograron consolidar un marco estable que les permitiera permanecer en el gobierno por mucho tiempo, y menos aún, a diferencia de la derecha chilena por caso, que les garantizara una injerencia gravitante en el futuro institucional.

Entre los factores determinantes de ese fracaso debe mencionarse la resistencia del movimiento de denuncia del terrorismo de Estado y, en menor medida, de algunos sectores de la clase trabajadora contra la política económica de la dictadura. Pues a pesar de la brutal represión, los militares no consiguieron disciplinar completamente a algunos grupos que, aunque no llegaron a conformar una fuerza opositora capaz de disputar el poder al bloque gobernante, impidieron al menos la consolidación de aquel partido nominado “herederos del Proceso”, y poco a poco comenzaban a amenazar los objetivos de gobernabilidad del sistema.<sup>3</sup> Hacia fines de 1981 la dictadura

---

3. La polémica y real dimensión de la resistencia bajo la dictadura aún no ha sido suficientemente investigada en todas sus facetas. Algunos autores sostienen que solo se puede calificar como tal la oposición de las Madres, otros incluyen un movimiento de denuncia del terrorismo de Estado mucho más amplio, y suman también a los grupos armados de la izquierda revolucionaria—aunque finalmente hayan sido derrotados—y algunos, finalmente, caracterizan como resistencia el enfrentamiento que sectores de trabajadores y obreros le plantearon al régimen, particularmente en el terreno laboral. Hacia el final del régimen se señala la emergencia de otro frente opositor conformado por sectores de la cultura y la intelectualidad. Además de la polémica sobre los grupos y fuerzas efectivamente involucrados en la resistencia, la cuestión más espinosa parece ser la medición del grado de desarrollo, capacidad y posibilidades de constituir una alternativa efectiva al sistema. Todos estos aspectos han sido ampliamente desarrollados en *La rebelión de las Madres*, por lo que aquí me limito a apuntar el debate.

se enfrentó duramente con esa realidad que la desgastaba, le restaba los últimos vestigios de consenso prestado por amplios sectores, debilitaba las tramas del miedo y ponía en jaque su poder, hasta entonces casi absoluto. Esas vertientes opositoras estaban lejos todavía, a principios de los años ochenta, de configurar una alternativa de poder, pero eran lo suficientemente consistentes como para poner en cuestión el objetivo de una hegemonía perdurable.

Frente a tales dificultades, a fines de 1981 el régimen dictatorial se planteó dos alternativas: una moderada apertura a actores políticos que ampliaran su base de sustentación, o profundizar el autoritarismo, cerrando filas, replegándose en el bloque cívico militar. Como resultado de esa puja política en el seno del bloque gobernante, los partidarios de ahondar el carácter dictatorial llevaron al poder al general Leopoldo Fortunato Galtieri. Se reservaban, además, una carta para recuperar el consenso perdido: una maniobra patrioterica que desplazaría del centro de atención los factores de la crisis. Con esos fines y en esa encrucijada se desató la Guerra de Malvinas.

Pero el éxito inicial del recurso bélico fue efímero y se diluyó totalmente luego de la derrota. Entonces, el rotundo fracaso ante los británicos volvió a colocar en primer plano la crisis que la junta militar había intentado soslayar, agravada ahora con la fisura del bloque cívico militar y el desprestigio de las Fuerzas Armadas.

Algunos advirtieron con claridad el carácter definitivo de esa derrota. El diario *La Nación*, uno de los medios de expresión privilegiados de la era dictatorial, lo dijo con todas las letras a los pocos días de la rendición argentina en Malvinas: “Lo que ha concluido no es el gobierno de Galtieri, sino un sistema de gobierno establecido en 1976 por las Fuerzas Armadas”.<sup>4</sup>

Fue el punto de partida de la rearticulación de actores políticos y sociales, de una nueva configuración del sistema político que debía consensuar un acuerdo de gobernabilidad que derivó en la convocatoria a elecciones en las que triunfó Raúl Alfonsín.

Con la presidencia de Alfonsín volvieron al centro de la escena sectores desplazados del poder durante poco más de siete años, pero que de ningún modo habían permanecido al margen de la trama política. Se trata de los partidos mayoritarios que antes del golpe de Estado –unos en el gobierno y otros en la oposición moderada y concesiva– no presentaron mayor resistencia a los avances militares, y que luego de instalado el “Proceso” legitimaron la “lucha antisubversiva” por el “caos reinante”, y justificaron su pasividad conciliadora alegando una correlación de fuerzas que, decían, les impedía todo intento de resistencia. Los grandes ausentes de la nueva etapa fueron los sectores de izquierda –blanco central del genocidio– que, si no habían desaparecido totalmente, estaban representados por fuerzas minoritarias, debilitadas e inmersas aún en la crisis profunda iniciada a mediados de los años setenta.

Sintéticamente expuesta, esta singular configuración de las relaciones económicas, sociales y políticas determinó el carácter de la etapa postdictatorial, a la que debe incorporarse el factor internacional, tan relevante ahora, apoyando la vía electoral, como en el pasado, como condición de posibilidad de la dictadura.

---

4. “El fin del Proceso”, 23 de junio de 1982.

## Gobernabilidad a la norteamericana

Este proceso de rearticulación política del sistema no fue un fenómeno exclusivo de la Argentina, ni producto solo de variables internas. En efecto, varios países del Cono Sur de América Latina experimentaron procesos equivalentes, a los que no fue ajeno el viraje de la política de los Estados Unidos sobre la región, luego de haber impulsado y sustentado regímenes dictatoriales en la mayoría de las naciones que la integran.

Si bien la administración conservadora de Ronald Reagan —que estaba transitando el final de su primer mandato y que conseguiría un segundo período de gobierno en noviembre de 1984— no había abandonado su política de contrainsurgencia sustentada en las dictaduras militares que se extendieron por toda la región en los años setenta, comenzaba a advertir la debilidad de esos regímenes.

Como lo acredita su persistente apoyo a los “contras” nicaragüenses y la invasión a Grenada, la obsesión hegemónica estadounidense en el contexto del final de la “guerra fría” mantuvo en los años ochenta, en principio, sus métodos más violentos. Pero esa misma ambición obligó a la administración Reagan a repensar el problema que Samuel Huntington había planteado, es decir, el problema de la “gubernabilidad”, ante la inestabilidad que comenzaba a manifestar la mayoría de las dictaduras en el Cono Sur como consecuencia del desgaste de las Fuerzas Armadas en el ejercicio directo del poder político.

En ese marco, el Departamento de Estado adaptó a sus propios fines aquel concepto de “democracias gobernables” de Huntington, y acuñó el de “democracias viables”, esto es, regímenes, ahora institucionales, pero que cumplieran funciones asignadas antes a los militares. En la medida en que fueran eficaces en el mantenimiento del *statu quo*, la política exterior norteamericana impulsó ese tránsito de dictaduras a “democracias viables”: con la excepción del Paraguay y Chile, cuya estabilidad no generaba temores, emprendieron ese camino Brasil y Bolivia primero, luego la Argentina y más tarde el Uruguay.

El repliegue militar engendraba, entre otros, un problema esencial para la estabilidad del nuevo modelo: el posible reproche judicial a las Fuerzas Armadas por la violencia ejercida contra los opositores. La profunda y vasta implicación de las instituciones castrenses en la represión permitía conjeturar que cualquier procesamiento judicial colocaría en el banquillo de los acusados no solo a una significativa cantidad de cuadros militares, sino que afectaría a las propias instituciones. En consecuencia sería clave garantizar, en todos los casos, la impunidad del terrorismo de Estado. La Argentina generaría las novedades históricas más relevantes en esa materia.

En menor medida también España intentó gravitar en los cambios. La experiencia ibérica, la “transición española”, fue invocada como modelo de las concesiones recíprocas que los diversos sectores sociales y políticos debían practicar con vistas a un futuro superador de las desavenencias —el olvido de los crímenes del franquismo—. El pasado, pues, no debía ser un obstáculo que impidiera el cambio. Pero más allá de alguna intervención de la Embajada de España en Buenos Aires y de algunos inten-

tos de los líderes socialistas de ese país —por entonces en el gobierno peninsular—, su influencia en el proceso argentino y latinoamericano fue reducida si se la compara con la incidencia de la intervención de los Estados Unidos.

En la intersección de esas variables nacionales e internacionales la Argentina comenzó a transitar un camino de construcción de una nueva institucionalidad política que pretendía dejar atrás las formas dictatoriales, incluso el ciclo de golpes militares. Los sectores empeñados en estos objetivos; sin embargo, aún debían medir fuerzas con el viejo régimen que, aunque replegado, seguía controlando algunos resortes del poder.

## Redefinición

Las Madres analizaban ese tránsito y se preguntaban qué lugar ocuparían, exactamente, en la nueva etapa.

Para todos los protagonistas fue un momento de pasaje, aunque no a la manera de recorridos apacibles por lugares conocidos, sino a través de senderos que se iban abriendo al ritmo de la marcha, plagados de acechanzas, algunas presentidas y otras inesperadas. Decidir qué rumbo tomar cada vez implicaba elecciones que no se resolvían meramente en el plano intelectual sino que importaba enfrentar contradicciones encarnadas en sujetos y fuerzas políticas y sociales concretas y, sobre todo, entablar correlaciones de fuerza cuyos perfiles eran todavía poco claros.

La lucha entre lo nuevo y lo viejo, el conflicto entre la continuidad y el cambio, la dialéctica entre realidad, necesidad y posibilidad fueron las claves de los debates, los proyectos, las políticas de Estado, las críticas de la oposición y, también las que dirimieron el futuro del movimiento de mujeres más singular de nuestra historia.

Entre tantos dilemas y disyuntivas, descollaba, sin embargo, una certeza: el nudo gordiano de esa rearticulación política era la cuestión de los desaparecidos.

Un periodista, militante y colaborador de las Madres de Plaza de Mayo, Alipio Paoletti, escribió durante los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín que la sociedad argentina no enfrentaba un problema mayor que la respuesta a la pregunta “¿dónde están los desaparecidos?”.<sup>5</sup>

No era necesario ser partidario de las mujeres del pañuelo blanco para llegar a la misma conclusión. Así lo había entendido por lo pronto el bloque cívico militar que ahora abandonaba el poder cuando intentó negociar las condiciones del traspaso con los partidos que probablemente lo sucederían. Y así lo había comprendido también el presidente electo, que ocupó buena parte de su tiempo previo a la asunción para elaborar las medidas que adoptaría al respecto.

---

5. Paoletti, Alipio, *Como los nazis, como en Vietnam. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Asociación Madres de Plaza de Mayo, 1986. Paoletti fue uno de los más destacados y activos periodistas que, luego de su exilio durante la dictadura, contribuyó, entre otras tareas, a la edición del periódico de las Madres.

Esperaban al nuevo gobierno, por supuesto, otros problemas acuciantes, sobre todo en materia económica, como el de la deuda externa —que había estallado en agosto de 1982—, el de la persistente inflación, así como también, en el plano internacional, el litigio limítrofe con Chile. Sin embargo ninguno se comparaba, por su urgencia, dramatismo y conflictividad, con el de las violaciones a los derechos humanos. Desde el inicio de la postdictadura, casi ningún analista político dejó de señalar que se había convertido en “el problema de los problemas”. Incluso muchos años después de finalizado el mandato de Alfonsín, el historiador Tulio Halperin Donghi<sup>6</sup> comparó la profunda intensidad de ese conflicto que conmovía los cimientos de la política y la vida de los argentinos con una falla geológica. El ensayista Hugo Vezzetti por su parte lo denominó el “peso real del pasado”.<sup>7</sup>

Pero el “problema de los problemas” no era una rajadura en el subsuelo ni la gravedad intrínseca del pasado. No se trataba de un movimiento telúrico inanimado ni tampoco de una abstracción que cobraba peso como un fantasma reencarnado. Como sostuvo Vladimir Ilich Uliánov *Lenin* en relación al pensamiento de Marx, las ideas no se convierten en fuerza material hasta que los humanos no se las apropian. Con el pasado ocurre lo mismo. En el caso del genocidio argentino, era la fuerza simbólica encarnada en las Madres de Plaza de Mayo la que sacudía, persistentemente, la conciencia y la falta de conciencia de los argentinos.<sup>8</sup>

“La cuestión del genocidio divide a la sociedad en dos bloques nítidos: por un lado, quienes reclamamos justicia; enfrente, los represores y quienes conscientemente o no, sirven a su prepotencia”, escribió Paoletti. De esto se trata, de fuerzas sociales y de seres humanos. Uno de los dos bloques que menciona Paoletti, el que reclama verdad y justicia, lleva a la cabeza los pañuelos blancos de las Madres de Plaza de Mayo.

---

6. “Que el futuro no se haya perdido no invita, sin embargo, a ninguna conclusión ciegamente optimista acerca del legado que nos dejó el Proceso; aunque no logró imprimir al país el perfil que se proponía imponerle, le infligió una herida que se rehúsa a cicatrizar, y es de temer que esa huella —aunque cada vez más sumergida bajo los nuevos sedimentos depositados todos los días por una historia cuyo avance no se detiene— esté destinada a permanecer como la falla subterránea que en el cuerpo mismo de la nación seguirá ofreciendo el testimonio de lo que ella debe al Proceso.” Cfr. Halperin Donghi, Tulio, “Una historia que se resiste a entrar en la Historia”, *Clarín*, 20 de marzo de 2001.

7. Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, p. 29. No pienso que Halperin Donghi o Vezzetti postulen que las secuelas del terrorismo de Estado y su persistencia en la agenda política, cultural y judicial de la Argentina estén determinados por fuerzas inanimadas. Solo quiero apuntar cómo, para explicar el fenómeno, dos relevantes intelectuales utilizan, sugestivamente, metáforas que desplazan a segundo plano —o lo ocultan— el papel de las fuerzas sociales e individuales en ese proceso y, muy especialmente, el papel de la subjetividad, expresada en la voluntad política.

8. Inés Izaguirre sostiene que “el éxito de una “política de olvido y deshistorización” depende de la no constitución de una fuerza social de resistencia y oposición que sostenga el análisis de los hechos en una versión diferente a la del orden social. En este sentido considero que la política de exterminio de los grupos revolucionarios en la Argentina, iniciada antes de la dictadura militar, no pudo completar sus objetivos precisamente por la enorme fuerza del movimiento de derechos humanos, que se ha transformado en una reserva de fuerza moral de la sociedad argentina.” Ponencia: *Argentina: Una larga tradición de prácticas genocidas normalizadas*.

Las Madres eran “el problema”. Un grupo de mujeres que algunos años antes había salido a buscar a sus hijos y se había topado con la muralla levantada por el terrorismo de Estado y sus cómplices que se negaban a reconocer la existencia misma de los desaparecidos. En ese entonces, ni la dictadura los reconocía, ni nadie había visto nada. Pero surgieron las Madres como un verdadero nuevo hecho maldito para el poder: el “problema de los problemas”, “hijas de sus hijos”, como se definen a sí mismas, pero también, trágicamente, las hijas del genocidio.

## ¿Qué hacer?

Durante toda aquella etapa el poder se planteó una y otra vez qué hacer con las Madres. Se habían convertido en un nuevo sujeto político que no iba a aceptar que lo arrumbaran entre los trastos de la historia. Las Madres estaban allí, en la Plaza, dando vueltas todavía con sus pañuelos blancos y eran una fuerza simbólica sumamente poderosa.

Alfonsín comprendió que en esa fuerza simbólica residía el obstáculo para cerrar el conflicto de los desaparecidos que, de permanecer abierto, impediría estructurar la rearticulación política que propiciaba y mantener estable la gobernabilidad del sistema. Alfonsín no negaría lo que la necesidad militar había negado: con reflejos rápidos, en los primeros días como presidente electo de los argentinos anunció un paquete importante de medidas para encarar “los horrores del pasado”.

Años después diría que esas medidas eran la forma que había encontrado para enfrentar a los militares que resistían cualquier concesión y, simultáneamente, tratar de conformar a las Madres, esas mujeres heroicas pero desesperadas –según la nueva versión oficial– que en su empeñamiento “pedían lo imposible”.

Como bajo la dictadura, las Madres continuaron reclamando “Aparición con vida”, una demanda que si en su literalidad parecía exigir aquel “imposible” del gobierno, en realidad planteaba el conflicto en toda su dimensión y complejidad, un camino que los protagonistas de la nueva etapa no estaban dispuestos a recorrer: requería desandar aquella muerte abstracta, sin responsables, sin cómplices y sin justicia que había decretado la dictadura, para luego juzgar a todos los autores intelectuales y materiales del genocidio. La polémica consigna, que aún es objeto de críticas que revelan la profunda incomprensión de su sentido y de su lógica, pretendía precisamente develar la trama de relaciones sociales, de agentes y sujetos que habían urdido y ejecutado el crimen más monstruoso de la historia argentina del siglo veinte, para que cada uno de los responsables fuera alcanzado por la condena de la justicia.

Ciertamente, quienes en la etapa postdictatorial proclamaban que las Madres pedían lo imposible, lo que en verdad revelaban era que no iban a indagar profundamente la trama del genocidio. Esa actitud autolimitada de vastos sectores políticos y sociales involucró no solo al partido gobernante sino también a la oposición mayoritaria –el justicialismo sobre todo–, que más allá de intentar explotar en beneficio propio los flancos débiles de la estrategia oficial –luego de haber demostrado durante la

campana electoral mucha menos voluntad que Alfonsín por cuestionar la impunidad de la corporación militar—, tampoco demostró vocación real de poner en crisis la esencia de esta rearticulación política institucional que debía salvaguardar la integridad y el papel de las Fuerzas Armadas.

El posibilismo, entonces, fue la variante con que se expresó la vieja estrategia negociadora de la mayor parte de la dirigencia política nacional. Lo que se decía que se podía o no hacer no resultaba del análisis dialéctico de la realidad, la necesidad y la posibilidad, sino que era apenas un discurso que buscaba legitimar las nuevas relaciones de fuerza, una nueva estructura social fundada a partir del genocidio y que afianzaba relaciones de clase e intereses económicos.

De ese modo, las políticas de Estado alfonsinistas en materia de violaciones a los derechos humanos no pretendían hacer justicia, si por justicia real, plena, profunda, se entendía procesar el pasado para luego reparar de las múltiples heridas y secuelas del terrorismo de la dictadura. Buscaron en cambio disciplinar a la corporación castrense exponiendo ante la opinión pública los crímenes de la dictadura, en vistas a favorecer una rearticulación de los factores de poder, en cuyo diseño la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil era un factor decisivo. Su contrapartida fue “la cuestión militar”, es decir, la sucesión de crisis y rebeliones castrenses que una y otra vez jaquearon la gestión de Alfonsín.

## La trampa

Aquella afirmación que decía que las Madres pedían lo imposible era falaz. Todo debate leal supone el respeto de ciertas reglas básicas, como por ejemplo interpretar con fidelidad los argumentos del adversario. En ese sentido el oficialismo no fue honesto en su disputa con las Madres.

Una y otra vez las Madres habían explicado que “Aparición con vida” era la expresión simbólica de un significado complejo pero muy claro y concreto: si la dictadura y sus cómplices habían intentado clausurar el “problema de los problemas” decretando la muerte de los desaparecidos sin más explicaciones que presentar la muerte como un hecho consumado, ellas exigían que se explicara, justamente, por qué sus hijos no podían reaparecer vivos, de otro modo, exigían que se expusiera a la luz pública la cadena de hechos que había conducido a la masacre, y a sus ejecutores. Lo contrario significaba aceptar una muerte abstracta, sin elucidar, además de un ardid para soslayar la acción de la justicia y la determinación de los responsables de los crímenes. Eso pretendía el dirigente radical Ricardo Balbín en 1979 cuando declaró que prefería ver a las Madres llorar a sus muertos, antes que escucharlas pedir “algo inútil”, o el genocida Roberto Viola cuando mencionó a los “ausentes para siempre”, o los medios de comunicación cuando en 1982 montaron un “show del horror” para mostrar el desentierro de NN o, una vez más, cuando en 1983 el Informe Final de la dictadura transformaba a los desaparecidos en muertos sin explicaciones, entre tantas otros exponentes de “realismo” político.

Nadie se engañaba, tampoco las Madres. La muerte, seguramente, era un hecho irrevocable al menos para la enorme mayoría de sus hijos. Las Madres lo sabían. Más allá incluso de toda esperanza, luego de llorar, buscar, rogar, suplicar, denunciar, pedir, exigir, gritar, marchar, ellas lo sabían. Quizá todavía abrigaban esperanzas en 1979 cuando Balbín manifestaba sus preferencias, mientras la dictadura continuaba secuestrando y nuevas madres se sumaban al clamor de “Aparición con vida”. Pero en 1983, en vísperas de la asunción de Alfonsín, ellas lo sabían: a pesar del trauma de la duda eterna, la muerte estaba allí. Ya, entonces, la consigna planteaba otra cosa.

Para las Madres no bastaba con decir que los desaparecidos habían sido “trasladados”, “ejecutados”, “muertos en enfrentamientos”. Exigían en cambio que se revelara por qué se los había secuestrado, por qué se los había sometido a cautiverio clandestino y a vejaciones y torturas, y luego asesinado y ocultado sus cadáveres; había que saber, tenían derecho a saber quiénes habían dado las órdenes, quiénes las habían ejecutado y, sobre todo, que la exhaustiva investigación que reclamaban condujera a la acción de la justicia, y que la justicia cumpliera con su deber.

¿Era esto imposible?

La respuesta no podía surgir de un discurso tramposo que distorsionaba el espíritu, el verdadero sentido de la consigna “Aparición con vida”, un discurso que interpretaba literalmente esas tres palabras acuñadas por las Madres, un discurso que volvía a tratarlas de locas o necias, como había ocurrido durante la primera etapa de la dictadura.

Para salir de la literalidad habría bastado con que los tramposos hubieran escuchado, leído, examinado las declaraciones, los comunicados, la prensa y las innumerables manifestaciones de las Madres. No fue, sin dudas, un obstáculo informativo o intelectual el que explica, en primer lugar, la distorsión de la imagen de las Madres, y hasta su difamación. Fue una trampa, un ardid para eludir el debate franco.

El flamante poder pretendió arrinconar a las Madres en el lugar fácil del absurdo, la irracionalidad, el desborde emocional, o bien directamente las acusó de ser objeto de manipulación política —de los otros, de los “enemigos de la democracia”—.

¿Por qué solo las Madres y un sector minoritario de la sociedad argentina levantaron esa consigna? ¿Por qué el oficialismo rehusó el debate leal? ¿Por qué la tergiversación? ¿Por qué aun después de tantos años de lucha por la verdad y la justicia persiste el “malentendido”? ¿Por qué tantos políticos e incluso intelectuales continúan pretendiendo entender otra cosa? ¿Por qué algunos investigadores en ciencias sociales han mantenido el equívoco demostrando tan poco interés en comprender la lógica que “Aparición con vida” encierra? La elucidación de esos interrogantes es uno de propósitos de este ensayo.

¿Habrían sido más inteligentes las Madres, más astutas, si hubiesen sorteado aquella trampa acuñando otra consigna, tal vez más clara y más sencilla, una consigna que no se prestara a la burda manipulación de la literalidad? Siempre fue difícil para los sectores contrahegemónicos, en el punto más débil de las relaciones de fuerza, hacer escuchar su palabra. El Estado, los partidos políticos y otras estructuras sociales, los medios de comunicación, los sectores concentrados de la economía y las finanzas sue-

len imponer con facilidad su verdad, la “verdad oficial”. La intransigente invariabilidad de las palabras de las Madres, durante y después de la dictadura, fue, en ese sentido, parte de su significado simbólico: las mil y una artimañas del poder para garantizar la impunidad de sus propios crímenes chocaron una y otra vez con una lógica de hierro, que no cedió un palmo a la mentira.

Si en verdad había algo imposible en la demanda de justicia plena de las Madres, esta imposibilidad emanaba de una correlación de fuerzas que, evidentemente, no las favorecía. Pero es el empecinamiento de estas mujeres el que devela la dimensión política de la idea de Max Weber: “En este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta una y otra vez lo imposible”. El reclamo intransigente simbolizado en los pañuelos blancos impulsó una dinámica que, una y otra vez, forzó los límites impuestos por el poder.

## Realidad y posibilidad

Si el gobierno de Alfonsín instaló una construcción discursiva que básicamente colocaba a las Madres en la esfera de la irracionalidad, la nueva dirigencia –gestionadora de la impunidad del genocidio– se postulaba como la combinación exacta de los atributos que la escena política reclamaba: racionalismo, medida, equilibrio, autocontrol. Decían comprender el dolor de las Madres, justificaban su emotividad, pero la política era el espacio de la racionalidad, y la racionalidad y la política les pertenecían. Ellos sabían de qué se trataba y por tanto correspondía que quedara en sus manos el procesamiento del pasado.

Pocos años antes, bajo el viejo régimen, la mayor parte de las fuerzas políticas y los movimientos sociales justificó su pasividad ante la dictadura y el golpe de Estado de 1976 al amparo de lo “posible”. Ciertamente se había transgredido el orden constitucional, pero el caos previo al “Proceso de Reorganización Nacional” no había dejado margen para oponerse. Ya bajo la dictadura, como la correlación de fuerzas favorecía al régimen, no había tampoco posibilidad de resistencia, salvo algunas tibias protestas a riesgo de muerte. El principio de lo posible explica las consecuentes estrategias negociadoras.<sup>9</sup>

---

9. Tal como sostuvo el filósofo Alfredo Raúl Puciarelli al analizar el período dictatorial, “los partidos trataron de justificar su opción estratégica por la opacidad e inacción política, elaborando una lectura errada, frívola y superficial del nuevo tipo de correlación de fuerzas que generaban la usurpación militar y el proyecto refundacional del Proceso de Reorganización Nacional. Consideraron que la usurpación del poder era ilegítima pero necesaria para recomponer el orden social y el funcionamiento institucional anterior. Estos desafíos eran cuestionados tanto por los embates militares de las organizaciones revolucionarias como por la propia incapacidad del sistema de partidos y de las instituciones representativas de la democracia para hacerse cargo de ambos desafíos. De ese modo, colocan los cimientos de la concepción *imposibilista* que tantos estragos produjo en el imaginario y en la voluntad política de los sectores populares durante las décadas posteriores”. Cfr. “Empresas, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura” en *La Patria contratista*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004, p. 162.

La tensión entre lo posible y lo imposible ocupa, pues, un largo capítulo en la historia de la Argentina. Afortunadamente no solo se escribieron los nombres de los políticos “realistas” o “posibilistas”: también están las Madres que pidieron lo imposible. Las Madres se habían forjado en la lucha contra la dictadura, inaugurando un espacio de resistencia inimaginable para la mayoría de los argentinos tan solo un día antes de que el 30 de abril de 1977 se instalaran en la Plaza de Mayo. Forzando los límites impuestos por el terror definieron sus consignas, su discurso, su organización y la totalidad de sus prácticas políticas. En el trayecto, se convirtieron en el “problema de los problemas”. ¿Pero en qué se convertirían ahora que el viejo enemigo se replegaba?

Los escribas del nuevo gobierno les advirtieron que tenían que cambiar. Ahora la “democracia” se haría cargo de “gestionar” las “secuelas” del terrorismo de Estado, y por tanto ya no podían ni debían ser un movimiento de resistencia. ¿O marcharían acaso contra la democracia?

Una fenomenal presión se desató sobre las Madres.

Al principio, solo atinaron a responder que seguirían luchando. Sería “otra lucha”, dijeron. Pero ¿cuál?

La búsqueda de una respuesta concreta a este interrogante, en medio de las presiones del poder, desató incontables contradicciones internas, sociales, de clase, ideológicas, culturales y políticas que las Madres, en el pasado inmediato, habían soslayado bajo el denominador común del enfrentamiento con la dictadura, diferencias que habían postergado o que, durante la etapa que acababa de finalizar, resultaban irrelevantes. El pañuelo blanco, que se había convertido en símbolo de casi todos los argentinos –de los que enfrentaron la dictadura, de quienes quedaron paralizados bajo el sometimiento del terror, incluso de los arrepentidos que se apresuraron a sumarse a último momento–, iba a sufrir los desgarramientos de una disputa en el seno mismo de la organización de esas mujeres heroicas.

Ya cuando el último jueves bajo la dictadura Bonafini definió que a partir de la asunción de Alfonsín comenzaba “otra lucha”, a algunas madres esas palabras les sonaron excesivamente beligerantes. Que en líneas generales continuarían luchando en pos de sus objetivos no estaba en cuestión; el punto era desde qué posición, cómo y contra quién. La ambigüedad inicial de Bonafini al mencionar “otra” forma de ejercer la lucha se fue despejando a medida que la presidenta de la Asociación –y un grupo de Madres en total acuerdo, por cierto– confrontó cada vez más abiertamente con el nuevo gobierno, y en cierto sentido, con la nueva institucionalidad política en conjunto. Entonces otro sector de Madres inició una puja interna, en principio por moderar la beligerancia que el grupo de Bonafini le imprimía al movimiento. Luego, le disputó decididamente la conducción. Pues aun desde la oposición, ese sector no descartaba el apoyo a algunas medidas de gobierno, incluso la participación en iniciativas oficiales, convencidas de que de esa manera podían alcanzarse determinados objetivos, probablemente parciales, pero no por eso en contradicción con las metas generales que las Madres perseguían.

Ese enfrentamiento, que concluiría con la división del movimiento de las Madres

de Plaza de Mayo hacia mediados de 1986, expresa la complejidad y los dilemas de la oposición, y hunde sus raíces en la esencia de la etapa postdictatorial, pues el conflicto desatado en la Comisión Directiva de Madres no se agotaba en una mera puja interna, sino que expresaba el proceso político en su conjunto, las continuidades y los cambios, y se desarrolló al mismo tiempo que el sistema se reconfiguraba, involucrando a todas las fuerzas sociales y políticas del país.

Este libro, entonces, se aboca al análisis del ciclo histórico del movimiento de las Madres que comienza a fines de 1983, momento en que habían alcanzado su mayor desarrollo y grado de influencia en la sociedad —en la etapa final de la dictadura—, hasta la ruptura interna en la cúpula de la organización en junio de 1986, cuando aquella gravitación sufre su declive más pronunciado. En el decurso de esa etapa se verifica una redefinición profunda en ese grupo de mujeres, que cristalizó en dos identidades contudentes y claramente diferenciadas: por un lado la Asociación Madres de Plaza de Mayo liderada por Bonafini, y por otro el sector disidente reunido bajo el nombre Línea Fundadora.

La división fue objeto de diversos análisis que intentaron derivar, tanto la ruptura como lo que la ruptura representa, del origen y el pasado del movimiento.<sup>10</sup> Pero más allá de ciertos debates, fue el complejo proceso de confrontación con el poder y con las diversas fuerzas políticas y sociales lo que determinó la identidad de los dos sectores. El hecho de que en la actualidad tanto la Asociación como Línea Fundadora conformen nucleamientos intensamente políticos, independientemente de las peculiaridades que los diferencian de los partidos en sentido tradicional, debe servir de guía para comprender el fenómeno de las Madres de Plaza de Mayo, la singularidad de esas mujeres que decidieron luchar por lo imposible.

---

10. Es, entre otros, el caso del análisis de Beatriz Sarlo. La ensayista pretende situar el origen de las Madres en un plano de valores universales, al margen de fracciones y enfrentamientos, como si las Madres hubiesen encarnado su lucha desde una esfera neutral a partir de la cual interpelaron al resto de los sectores políticos para que se sumaran a sus reclamos. “Fueron lo más intensamente político y al mismo tiempo se colocaron por encima de las fracciones políticas”, sostuvo Sarlo en 2002, a modo de supuesta exaltación del pasado de esas mujeres. He intentado, en cambio, demostrar en *La rebelión de las Madres* que el movimiento de las Madres de Plaza de Mayo no se constituyó ni por encima ni por debajo de nadie, en ningún plano neutral ni trascendente, sino en la dialéctica de enfrentamiento con el poder, con los numerosos actores sociales y políticos que lo representaban. Desde el comienzo asumieron el lugar de la confrontación, y por tanto eran una parcialidad en disputa, una fracción, al principio, trágicamente minoritaria. Encarnando la resistencia al terrorismo de Estado y sus cómplices es como construyeron su identidad y lograron desarrollar su lucha con eficacia. La neutralidad, en términos de inoperancia inocua o de complacencia con el genocidio, fue más bien patrimonio, entre otros, de políticos, dirigentes sociales y religiosos. Sobre la división del movimiento Sarlo sostiene, en implícita referencia a la Asociación liderada por Bonafini, que “un sector de Madres ya no es eso hoy porque en nombre de una política identificada con una fracción dejó de interpelar y movilizar a toda la sociedad”. Cfr. Sarlo, Beatriz, “Las fundadores de una nueva conciencia en la Argentina”, *Página/12*.

